



Los ermitaños (1962)

Estación de denuncia y picardía

Gianfranco Hereña

Libros de Antonio Gálvez Ronceros

Un mutismo de sepulcro ahuyenta a los personajes. Todo el pueblo queda sumergido en un ambiente casi espectral. «Solo un hombre, recostado en un poste, se balancea a mitad de la calle como doblándose. Exprime de continuo los párpados y estira minuciosamente los labios, buscando coherencia y convicción a unas palabras dichas a sí mismo». Este fragmento pertenece al cuento «Sombreros» e inicia la maravillosa compilación de relatos bautizada como *Los ermitaños*.

«Sombreros» narra la historia de un borracho y su lucha por capturar al ladrón que siempre se roba su sombrero. La temática puede resultarnos simplista, pero Gálvez Ronceros logra adentrarnos en el relato gracias a una técnica exquisita. De pronto, nos hallamos inmersos en una atmósfera provinciana que atrae tanto por su misticismo como por la inyección de identidad que otorga a cada personaje. La Chincha costera, de sol abrasador y viento que «lame como si un muerto te pasara la lengua» ha visto en él a un gran difusor de su cosmovisión particular del mundo.

En *Los ermitaños*, Gálvez Ronceros denuncia, ironiza y conmueve. Los relatos que conforman este libro, bien podrían analizarse independientemente pero, en su conjunto, son una base sólida que demuestra la gran capacidad del autor para presentarnos la alternativa justa a eso que llamamos provincia e

inmediatamente relacionamos con la sierra.

Desterrado el estereotipo, fijamos la mira en los personajes que distan mucho de ser sufridos, golpeados y son más bien dicharacheros, con la picardía propia del descendiente afroperuano. Es crucial, por ejemplo, el contraste que surge en el cuento «El buche», donde dos ladrones tienen en la mira al puerco de una granja. El más hábil de ellos es quien planifica el robo. Es acriollado, tiene un rango distinto, goza de mañas capitalinas para ejecutar sus fechorías y, por ello, tiene la suficiente autoridad como para encomendarle a otro, más inocente, el adentrarse en la propiedad. El robo aparentemente no tiene éxito. El compinche es capturado y viene el latigazo final: mientras uno robaba y era capturado, el otro aprovechaba las puertas abiertas de la casa y huía con el cerdo bajo el brazo.

La narración es impecable. Se hace digerible gracias a los numerosos diálogos que hay en ella y por la prosa de Gálvez Ronceros que, en una entrevista concedida al portal Librería Perú, menciona lo que párrafos más arriba he sindicado como piedra de toque al encanto de su narrativa: el lenguaje.

Habla sobre algo que llamó mucho mi atención y es que según él, los campesinos de Chincha tienen una particularidad casi poética. Dice

que se les hace complicado decir palabras como profundo para describir cuán hondo puede ser un pozo. Les resulta demasiado sofisticado, como si aún no hubiesen asimilado del todo la castellanización. En cambio dicen «Ahí entran dos hombres de pie».

Esta idea está presente a través de todos los siete relatos. La contundencia de las descripciones es notoria, tanto que pareciera que quienes las escriben son ellos mismos. El ritmo pausado y el tránsito lento pero seguro de los cuentos ayudan a crear un ambiente propicio. Merece un punto aparte el «Joche», que ha sido calificado por la crítica como uno de los más bellos cuentos peruanos en la historia. Razón no les falta.

Joche es un niño cuya muerte genera una hecatombe en el mundo de sus amigos más cercanos, quienes todavía no logran explicarse por qué ha fallecido. He ahí un motivo para que su padre se emborrache, grite y se lamente por la pérdida de su hijo. Los amigos insisten en verificar el estado en el que se encuentra su camarada, el mataperro que los acompañaba a hacer todo tipo de diablu-

ras en el accidentado terreno del sur chico. Pernoctan en la casa del difunto por dos días consecutivos. Durante estos van recordándolo y atan cabos sobre lo que pudo haberle conducido a la muerte.

El padre, ebrio hasta la médula, propondrá realizarle un velorio con los condimentos propios de la cultura sureña. Se llama a una especie de coplista, se agasaja a los invitados con café y él sigue bebiendo, de a ratos convidando el trago, pero sin control. Los amigos observan la escena con algo de condescendencia, como si finalmente el escenario los pusiese al tanto de la tragedia que se ha consumado: sí, el Joche estaba muerto, no iba más, de ahora en adelante iban a ser dos y no tres. Habría un motivo más de sosiego en la campiña.

Tanto se habla del Joche que este logrará cautivarnos con la misma puntería que en vida tuvo para cazar palomas y en esa complicidad, también, terminaremos llorando su muerte como si hubiésemos estado en su funeral.